

Reseña

El Temazcal Otomí: Las Aportaciones de la Medicina Indígena a la Salud y a la Paz

Título: El Temazcal Otomí. Ritual de Purificación, Sanación y Refrescamiento.

Autor: Eduardo Andrés Sandoval Forero.

Edición: UAIM-UAEM. Toluca.

Núm. de páginas: 129.

Año: 2003, 1ª edición

El temazcal otomí nos brinda la oportunidad de relacionar dos variables: salud y paz, entre las que, aunque no siempre de manera evidente, existe una clara bidireccionalidad. En el contexto de los debates sobre la paz y el desarrollo, el de la salud no es un campo muy explorado, y éste es uno de los motivos por los que esta publicación, que nos ofrece el sociólogo y antropólogo Eduardo A. Sandoval, es una aportación novedosa que cobra significado en los Estudios para la Paz; ya que nos permite discriminar y reconocer elementos de paz y de regulación pacífica de conflictos, a través precisamente de un ritual indígena de salud: *la temazcaliada*. Es una obra que se ajusta al paradigma epistemológico de los Estudios para la Paz: estudiar la paz pero no sólo desde la violencia o los conflictos, sino también desde la paz misma, desde su fenomenología.

El autor, profesor en la Facultad de Ciencias Políticas y Administración Pública de la Universidad Autónoma del Estado de México, es un buen conocedor de la problemática indígena, sobre la que ha investigado con profundidad y ha escrito diversos libros. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores (CONACYT) y director de *Convergencia*, *Revista de Ciencias Sociales*, ha impartido cursos en Estados Unidos, en diversos países de Latinoamérica y en

España, siendo profesor colaborador del Master Internacional de Estudios para la Paz y el Desarrollo de la Cátedra UNESCO de Filosofía de la Paz de la Universidad Jaume I de Castellón-España.

El libro se centra en una antigua práctica médica étnica, el *sahumado* de vapor, que se realiza en los temazcales. Éstos, según nos cuenta Sandoval, son pequeños edificios donde las personas toman baños de vapor con fines rituales, higiénicos y medicinales. Están contruidos, en su mayoría, de barro u otros materiales básicos, autóctonos y no tóxicos. La hidroterapia, la termoterapia, la fitoterapia y la psicoterapia se combinan sabiamente en este ritual, con el fin de prevenir y curar enfermedades, y fomentar la salud del cuerpo y del espíritu. El cuerpo se calienta y suda, aumenta la frecuencia cardiaca y respiratoria, se aspiran las esencias medicinales, se relaja el cuerpo y la mente. Se realizan masajes, se presiona en los puntos corporales de energía y se desbloquean las articulaciones, y todo esto en un ambiente terapéutico en el que “se atiende a la persona en general y no a las enfermedades en sí, por ello también la relación curador-paciente se desarrolla en ámbitos de amistad, compañerismo, familiaridad y fraternidad” (Sandoval, 2003:71).

En el temazcal otomí, Sandoval nos muestra con todo detalle este ritual de purificación, sanación y refrescamiento de origen prehispánico y que, según nos aclara Jesús A. Ochoa¹ en el prólogo del libro, se expandió por todo el continente americano, remontándose sus vestigios a la cultura maya y que, por fortuna, y a pesar de todos los avatares de la historia, pervive en algunas sociedades indígenas americanas.

A los aspectos relacionados con la construcción de los temazcales y con sus usos rituales y simbólicos, medicinales y sociales, se añaden además referencias muy pertinentes sobre la historia y la cosmogonía indígenas de la que la medicina es una parte constitutiva. Con un enfoque fuertemente antropológico, no se limita a hacer un uso estrictamente referencial de los datos recopilados. La suya es una descripción densa a través de la cual podemos localizar y encarnar la realidad social indígena del México del siglo XXI. El uso connotativo de la información que el autor realiza en su trabajo de campo en San

¹ Rector de la Universidad Autónoma Indígena de México.

Andrés Cuexcontitlán, localidad otomí del municipio de Toluca, Estado de México, lo alejan, sin duda alguna, del pretendido discurso neutral de la observación pura.

Al cruzar datos, en apariencia no directamente relacionados con el ritual, como los referidos a la invasión, conquista y colonización de América Latina, así como los que tienen que ver con los efectos de la bioprospección y biopiratería para la medicina indígena, Sandoval no oculta, sino que nos enfrenta directamente con algunas de las causas de la violencia estructural y cultural que padecen los pueblos indígenas. Así pues, al nivel descriptivo de la obra se le une un nivel argumental muy crítico con la situación de explotación, racismo y discriminación social, política y económica de estos pueblos y que, entre otras graves consecuencias, pone trabas importantes al desarrollo y mantenimiento de sus saberes consuetudinarios de salud, al tiempo que limita su acceso a la medicina alopática, lo que en definitiva se traduce en un menoscabo en su derecho a la salud.

La suya es, pues, una aproximación holística, valorativa y comprometida con la problemática social y cultural indígena, mediante una práctica tradicional de salud: la temazcaliada o sahumado de vapor.

Tras una completa introducción, el libro queda dividido en una secuencia lógica de nueve apartados no demasiado extensos, de los cuales el primero está dedicado a los *Referentes Históricos del Temazcal*. En él, Sandoval hace referencia a los cambios en las cosmogonías y prácticas de los pueblos indígenas como consecuencia de la invasión de los españoles y la penetración e imposición de la cultura hegemónica occidental. Para el autor son tres las consecuencias más importantes de la colonización: “1. La desaparición total de prácticas culturales. 2. La subordinación de las dinámicas indígenas a la cultura occidental; y 3. la continuación de prácticas culturales ejercidas de forma discreta, bajo tutela, supervisión y aprobación de los conquistadores o ejercidas en gran medida en la clandestinidad» (Sandoval, 2003:31).

Las etnomedicinas indígenas se han visto afectadas por la aculturación que estos procesos colonizadores iniciaron hace ya mucho y que parece que, aunque adoptando nuevas y más sofisticadas formas, aún están inconclusos. Cabe destacar la mención que el autor hace al hecho de que, en contra de los que pudiera parecer, este proceso

de aculturación no fue unidireccional; ya que la cultura indígena también transformó y aportó elementos novedosos a la cultura europea. Así, numerosos conocimientos de la medicina indígena influyeron en los hábitos de alimentación y en las prácticas sanadoras de los europeos. En el encuentro entre indígenas y colonizadores españoles, los conocimientos médicos de los primeros usos medicinales de las plantas, entre otros muchos fueron recogidos y registrados, y pronto el “viejo mundo” se pudo beneficiar de ellos. Para enfatizar la importancia de estos conocimientos transmitidos, y también la labor de los médicos indígenas, nos encontraremos en este apartado con algunas referencias a cronistas españoles como el franciscano Bernardino de Sahagún y su *Historia General de las Cosas de la Nueva España*, o a Francisco Javier Clavijero, al *Códice Cruz-Badiano*, escrito por un indio tlatelolca en 1552, o también al *Códice Florentino*.

Pero a pesar de este cruce de saberes, las etiquetas de *hegemónico/subalterno* que tomamos de la teoría de Gramsci son quizá las que mejor siguen definiendo la realidad de las relaciones no horizontales entre los sistemas subalternos de salud, de los que son parte las medicinas tradicionales indígenas, y el sistema hegemónico representado por la que bien se podría denominar *etnomedicina*² científico-técnica. Y Sandoval no intenta ocultar esta relación desigual entre saberes de salud, sino que la hace visible y la denuncia en toda su crudeza:

A los médicos prehispánicos, aquellos indígenas respetados, queridos y reconocidos en sus comunidades por restablecer la salud de los que caían enfermos y por el trabajo de equilibrio social en las poblaciones, desde hace más de quinientos años se les persigue tachándolos de brujos, hechiceros, sin estudios ni conocimientos librescos, sin título expedido por alguna institución de reconocimiento oficial y sin cédula profesional que les permita ejercer legalmente (Sandoval, 2003: 32-33).

De esta manera resume la situación de dominación en la que desarrollan sus tareas los médicos indígenas y otros agentes de salud tradicionales en la actualidad, como fruto de la persistencia de una

² Puesto que, sin lugar a dudas, también la podemos considerar como parte de un sistema cultural, el occidental hegemónico.

lógica colonial en la que la hegemonía, entendida como dominio y ejercida a través de la coacción, es un elemento persistente.

Todo un conjunto de rituales y terapias dirigidas a prevenir o curar las enfermedades físicas, sociales y culturales siguen siendo practicadas por los representantes de estas medicinas tradicionales que cita Sandoval: parteras, hueseros, sobadores, chamanes, rezanderos, curanderos..., que en la medicina científico-técnica son vistos como si de una curiosidad antropológica se tratara, cuando no, y he aquí la paradoja, como “intrusos”.

También encontraremos en este apartado una explicación minuciosa de cómo el agua, asociada a las plantas, ha estado relacionada desde siempre con las culturas que se desarrollaron en Mesoamérica, más concretamente en las zonas lacustres de los valles de México y Toluca, donde la base de la economía eran los cultivos en *chinampas* (jardines flotantes). Los mexicas o aztecas cultivaron en estas *chinampas* todo tipo de productos (chile, maíz, frijoles...) y vivían en íntima relación con el mundo lacustre. Así pues, ya en las comunidades prehispánicas (denominadas por Sandoval “sociedades hidráulicas”), el uso del agua en las diversas terapias curativas fue una realidad que trascendía en sus múltiples significados al meramente utilitario del consumo humano y los regadíos: “la relación con el agua también incluye la limpieza, refrescación y purificación del cuerpo y del espíritu. Es una práctica de una complejidad cultural manifestada en la concepción del temazcal, en su práctica, sus rituales, terapias medicinales y funciones sociales” (Sandoval, 2003: 38).

Es importante señalar la mención del autor al hecho de que, en la actualidad, la medicina tradicional indígena es practicada y utilizada crecientemente por otros sectores de la población no indígena en los pueblos y las ciudades de México. “La coexistencia de los modelos médicos hegemónico y alternativo subordinado no funciona en forma separada o paralela, ya que se establecen mutuas relaciones que implican en los niveles teórico, técnico e ideológico, el proceso contradictorio de oposición y apropiación” (Campos, 1997:7). El autor cita como las principales causas de este fenómeno, la falta de acceso a los centros de salud, la pobreza cada vez mayor de la población que les impide pagar los altos costes de la medicina oficial y de los medicamentos, la progresiva privatización de la asistencia a la salud y el hecho de que esta medicina oficial tampoco puede resolver siempre

todos los problemas de salud. Como se deduce de la lectura de esta sección, la medicina tradicional indígena, desde el México prehispánico, y a través del México colonial y del revolucionario, ha llegado a las puertas del México de la globalización como un sistema subalterno de salud, muy valorado y utilizado por la población india y mestiza; pero sometido y nunca suficientemente reconocido oficialmente. Son, pues, razones históricas y prácticas, así como su eficacia, las que avalan su utilización y permiten su supervivencia.

El siguiente apartado se titula *Bioprospección y Biopiratería de la Medicina Indígena*. La medicina científico-técnica ejerce su hegemonía y su dominio ideológico y biotecnológico en gran parte del mundo. Es parte de una cultura hegemónica: la occidental. Y ese *status* hegemónico es un obstáculo para el diálogo intercultural entre sistemas de salud. Ésta quizá podría ser la síntesis de esta sección.

El derecho casi exclusivo a tratar las enfermedades por parte de la medicina científica y de sus intelectuales, los médicos, no ha supuesto grandes beneficios para las poblaciones más pobres del planeta que tienen un acceso limitado, o no tienen acceso a ella —entre las que los pueblos indígenas son un buen exponente—; pero que, al mismo tiempo, han visto como sus saberes consuetudinarios de salud se han ido perdiendo sin ser siquiera sustituidos. Así nos lo recuerda Aguirre Beltrán al citar a De la Fuente:³ “Se ha creído demasiado en lo ventajoso de insistir ante el indígena en lo anticientífico del curandero, en lo inútil o lo pernicioso de sus prácticas, en lo ineficaz de sus medicamentos, en lo irracional de la creencia y se ha hecho todo esto cuando no se ha estado en aptitud de sustituir sólida y permanentemente lo que se quita” (Aguirre Beltrán, 1984).

En las sociedades occidentales ricas, la medicina científica moderna es hegemónica aunque no es la única y esta misma hegemonía la ha llevado a penetrar poderosamente en las sociedades menos tecnificadas, más pobres. Además, como Sandoval se encarga de documentar en este apartado, el discurso hegemónico oficial ha hecho invisibles unas veces, o se ha apropiado otras, de numerosos

³ La cita utilizada por Aguirre Beltrán se encuentra en De La Fuente, J. (1941), “Creencias indígenas sobre la onchocercosis, el paludismo y otras enfermedades”, ponencia reproducida en *América Indígena*, 1: 43-46.

saberes tradicionales de salud de los pueblos indígenas: diversos productos vegetales de su farmacopea han sido primero investigados, luego patentados y finalmente comercializados y usufrutuados por la industria multinacional farmacéutica aliada de la medicina occidental. La utilización y patentado por los laboratorios farmacéuticos de principios activos conocidos desde siempre por las etnomedicinas indígenas es una triste realidad que no nos pasará por alto al leer este apartado: la bioprospección que llevan a cabo empresas generalmente multinacionales farmacéuticas y algunas instituciones académicas tienen que ver más con la biopiratería y la usurpación legal de recursos y de saberes culturales de salud, que con la investigación dirigida al bien común de la humanidad. Los réditos de esta usurpación no redundan en una mejor atención a la salud de las comunidades indígenas. En el libro podremos encontrar referencias a varios de estos convenios de bioprospección autorizados en México. Ante esta realidad, el autor denuncia la práctica ausencia de regulaciones legales que, tanto a nivel nacional como supranacional, hagan efectiva la protección de los derechos de los indígenas, incluidos, como no, los conocimientos etnobotánicos que forman parte de su medicina tradicional.

Tras hacer referencia a convenios que intentan reconocer y proteger esos derechos (como el 169 de la OIT; Convenio de la Diversidad Biológica; Convenio de Ramsar, Cuidar la Tierra...) dónde se reconoce, entre otros, el derecho a la salud y a la preservación de las medicinas tradicionales indígenas, Sandoval pasa a referirse, entre otras, a la Declaración de Principios de *World Wildlife Fund* como un referente en el reconocimiento la protección de los pueblos indígenas, y cita también a la Organización Panamericana de la Salud; pero acaba por concluir la insuficiencia de todos estos esfuerzos para frenar el expolio de saberes y la falta de reconocimiento de los legítimos derechos que los pueblos indígenas demandan.

Los apartados anteriores abren paso a los que se pueden considerar como el núcleo de la obra. En el primero de estos apartados, *Construcción del Temazcal*, Sandoval se recrea en la descripción minuciosa de los diversos tipos de *temazcallis* o casas de vapor que se pueden encontrar hoy en día en México, sus materiales, elementos y técnicas constructivas, sus variadas dimensiones, en la gran importancia que tiene su correcta ubicación y construcción correctas. Menciona también al temazcalero como guía y experto en su

construcción y en el manejo de los rituales, y a los padrinos que colaboran activamente y de diversas maneras con los dueños del temazcal en todo el proceso de la edificación, que culmina en una ceremonia de inauguración en la que la que se convive y se comparten alimentos y bebidas.

En algunos lugares como en San Andrés Cuexcontitlán, Estado de México, el temazcal es un componente habitual de las casas y también los hay móviles en el Estado de Oaxaca... También encontramos datos sobre la evolución y nuevas tendencias tanto en la composición de los materiales como en las dimensiones de los temazcales.

En este apartado el autor utiliza una escritura etnográfica donde el discurso del temazcalero aparece en forma de expresiones literales (*verbatim*), que en realidad funcionan como auténticos descriptores de los modos de comprensión indígena relacionados con el temazcal. Estas expresiones le dan fuerza a la descripción y resumen de manera concisa todo aquello que cualquier persona que se adentre en la lectura de este libro necesita conocer para entender mejor la complejidad de este ritual. La utilización de soporte gráfico en forma de fotografías en color de diversos tipos de temazcales ayuda también a localizar la información.

En *El Temazcal y los Usos Medicinales Otomíes*, encontraremos referencias a los aspectos del temazcal dirigidos a promocionar la salud y a prevenir de enfermedades, así como a los usos curativos de esta práctica y a sus limitaciones: no todos los procesos mórbidos pueden ser curados por y a través del temazcal y su utilización puede entrañar también riesgos que hay que saber valorar.

Para poder comprender la importancia que adquiere el temazcal en la salud es necesario recordar que en la concepción de los indígenas respecto al proceso salud-enfermedad, las enfermedades físicas, psíquicas y culturales no son entes inconexos, sino todo lo contrario. Ellos tienen una concepción holística del ser humano: cuerpo, espíritu, naturaleza y cosmos están íntimamente relacionados. Los aspectos emocionales y espirituales son tan importantes como los estrictamente biológicos. En las medicinas tradicionales no hay pugna dicotómica entre energía y materia: la armonía energética es la salud y la disarmonía es la enfermedad. El ser humano es un microcosmos que forma parte del macrocosmos universal y, en consecuencia, está regido por las mismas leyes.

Sandoval nos explica cómo numerosas enfermedades conocidas y clasificadas por la medicina alopática y otras perfectamente desconocidas para ella, las de origen cultural, son tratadas en el temazcal, y abunda en el hecho del uso complementario que de ambos sistemas médicos realizan sus usuarios.

El proceso terapéutico del temazcal no separa a la persona enferma de su hogar ni de su familia y de su contexto y grupo social de pertenencia, al contrario de lo que ocurre con mucha frecuencia en la otra medicina. La participación de la persona enferma y de sus allegados está garantizada en este ritual. La persona enferma no es un sujeto “paciente”, como se le define en términos de la medicina alopática, no tiene una actitud pasiva sino de activa coparticipación en todo el proceso que, como aclara el autor, es de vinculación entre la salud, la enfermedad y la atención.

Conceptos esencialmente pacíficos como son el “acompañamiento” en la enfermedad y la “coparticipación” se apuntan ya en este apartado y se harán evidentes en los siguientes.

Los apartados referidos al *Ritual en torno al Temazcal* y a *Una Temazcaliada* permitirán comprender la esencia del ritual y recrear todo el proceso a los que nunca hayamos tenido la oportunidad de participar.

Desde la concepción holística los seres vivos, y el ser humano en particular, están organizados como totalidades que no se pueden separar de su medio ambiente y en los que *el todo el ser humano integral incluye siempre mucho más* que la suma de sus partes. A estas alturas de nuestra lectura ya habremos podido observar que el paradigma mecanicista de la medicina científica técnica occidental y hegemónica no se ajusta a este otro paradigma holístico, ecológico y sistémico de la medicina indígena, relegada a la subalternidad. Y habremos comprendido también que en el temazcal ritual y terapia están íntimamente implicados.

El autor sigue desglosando elementos que él refiere como clásicos en la cultura indígena y que desde el punto de vista de los Estudios para la Paz no nos pueden pasar desapercibidos: solidaridad, compañerismo, familiaridad, intercompenetración, reflexión individual y grupal. Nos explica también la actitud con la que se deben acercar los participantes al ritual, cómo actúa la fatiga física dentro del temazcal. Incorpora también el concepto de aseo personal como uno

más de sus objetivos y nos describe con detalle su participación en una temazcaliada, una más entre muchas, que resultó especialmente digna de mención.

Sandoval destaca el papel fundamental del “guía del temazcal”, la persona sabia que toma todas las decisiones y da las oportunas recomendaciones en una temazcaliada. Y se adentra después en la descripción del proceso, en el que primero se hace un diagnóstico a los que van a participar y en el que el guía advierte, y esto que sigue es relevante para la salud y la paz, “que las personas que no crean en estos baños, que tengan desconfianza, que pretendan competir, resistir más que otros, o que tengan prisa, no deben entrar en el temazcal” (Sandoval, 2003: 85). Se marcan pues las actitudes, los tiempos y los ritmos, que son muy distintos y mucho más pacíficos que los que nos imponen los modos de vida occidentales marcados por la desconfianza en los otros, la competitividad, el estrés y la ausencia o carencia crónica de tiempo, la no reflexión como consecuencia de lo anterior. La confianza, la ausencia de prisas y de competitividad permiten un uso reflexivo del tiempo y también un uso compartido. El tiempo adquiere significado para la salud y para la paz a través del temazcal.

El guía clama por la paz, la humildad y la dignidad como caminos para obtener salud y sabiduría. La salud y la paz quedan vinculadas. La tristeza, la rabia, los enfados y las peleas que alteran la salud del cuerpo y del espíritu, rompiendo la paz interior y la armonía, pueden ser reguladas.

Del temazcal, nos cuenta Sandoval, se entra y se sale a gatas, como símbolo de humildad, y una vez dentro se cierra la puerta. Como si del útero materno se tratara *él, ella*, casa y madre, acoge a los participantes y les proporciona calor, humedad, oscuridad, tranquilidad y relajación. El cuerpo suda, transpira, es “rameado” y se desintoxica por la acción de las hierbas medicinales sabiamente combinadas y descritas en este libro.

El concepto de tiempo se transforma, se alarga y se llena de significados para dar la oportunidad a los participantes de escuchar su cuerpo y curar el alma. El cuerpo hablará y les dirá a los participantes cuándo deben abandonar el temazcal. Aunque pueden haber lo que el autor define como crisis y reacciones de rebote, que se consideran parte del proceso de curación, lo habitual es percibir de manera inmediata sensación de bienestar, alegría, relajación, plétora cutánea, cansancio y

calor placenteros. La reflexión, personal y colectiva, ayudan a disminuir la ansiedad, los sentimientos de culpa y la agresividad acumulada.

A lo largo de las secciones anteriores se nos ha suministrado el contexto necesario para podernos poner en cierta forma en el lugar de los participantes del ritual y hemos podido ser, aunque en la distancia, un a modo de lectores/observadores participantes. Ahora en *Concepción y Tratamiento de las Enfermedades: La oralidad puesta en práctica*, seguiremos ampliando contexto a través, en esta ocasión, de la palabra de un temazcalero. La transcripción de una conversación informal evidencia los saberes de este hombre que no teme compartir sus conocimientos y que nos dará más claves significativas para entender tanto su mundo social como el mismo ritual. De los diálogos queda claro para el autor que no hay una relación de poder entre *médico-paciente*, sino una relación de horizontalidad basada en la comunicación. El trato es personalizado, íntimo y cálido. El lenguaje utilizado por el temazcalero es coloquial y comprensible para las personas que participan del ritual. Se diría que en definitiva, además de calor y humedad, oscuridad y silencios todos comparten una misma visión del mundo. Por último, y tras unas breves *Anotaciones finales*, a modo de conclusión, Sandoval termina mostrándonos lo que constituyó su instrumento de trabajo: su *guía de campo*.

Comentarios Finales

Frente a la racionalidad excluyente de la medicina científica y su mercantilismo, el ritual del temazcal aporta conocimientos de salud generosamente compartidos y un uso racional de los remedios tradicionales sin pretensiones de usura. El respeto y la unión con la naturaleza, y los recursos naturales como fuente de salud están siempre presentes. Todas estas características se pueden considerar como aportaciones a la paz de las medicinas indígenas, que merecen tenerse muy en cuenta cuando pensemos en la construcción de culturas de paz⁴ a través de la salud y que se nos muestran en toda su importancia en el

⁴ Ésta y las que aquí siguen son categorías de análisis de la paz tomadas de Johan Galtung: "Paz negativa", como ausencia de violencia directa, "Paz positiva", sinónima de justicia social y desarrollo justo y "Cultura de la paz", como recuperación/reconstrucción

ritual del Temazcal. Otros motivos que hacen que su pervivencia sea relevante desde la perspectiva de la paz y de la salud son :

- En el ritual del temazcal nos encontramos con una lógica de paz que se opone a cualquier tipo de hegemonía, monopolio y exclusión de personas. Suma condiciones de posibilidad para el bienestar y para el fomento de unas relaciones interpersonales más pacíficas. El uso del temazcal, sin duda, potencia la armonía personal y la cohesión social al introducir valores de paz tales como la solidaridad, el reconocimiento mutuo, el compañerismo, el diálogo, el consuelo o la comprensión. Supone una práctica cultural pacífica en la que las personas, indígenas o no, además de curarse, limpiarse o purificarse, pueden expresar y compartir sentimientos pacíficos e incluso gestionar y/o resolver sus conflictos personales, familiares o comunitarios.
- Desde el punto de vista biofísico, es útil para prevenir, disminuir o remediar ciertos sufrimientos del cuerpo, y por lo tanto, es un instrumento valioso para disminuir la violencia directa que suponen las enfermedades físicas o psicológicas de las personas y fomentar la paz negativa.
- El uso del temazcal también fomenta la paz positiva, porque es un recurso de salud valioso y accesible en el que el mercantilismo excluyente no se contempla y porque, además, fomenta la justicia social al permitir, en el contexto del propio ritual, la participación social en los problemas de la propia comunidad y en su manejo pacífico. Contribuye, asimismo, a la idea de culturas para la paz, porque constituye una más de las múltiples maneras en este caso desde y en relación con la salud de hacer las paces que las medicinas tradicionales nos aportan.

Al analizar el ritual del temazcal desde los patrones de reconocimiento de A. Honneth, se puede ver de qué maneras puede fomentar en las personas:

- La autoconfianza a través del reconocimiento del cuerpo, que enfermo o no, necesita ser cuidado y amado.

de valores, usos y costumbres de paz. En Galtung, J. (1996), *Peace by peaceful means. Peace and conflict, development and civilization*, Oslo: PRIO.

- El autorrespeto que se consigue a través del reconocimiento de derechos: derecho a la salud, derecho a participar en la vida familiar y de la comunidad.
- La autoestima que deriva de la identificación y el reconocimiento de los estilos de vida propios y ajenos. En el temazcal se comparte solidariamente la cosmogonía indígena, de la que la salud es parte, con los no indígenas.

En definitiva, la salud se refuerza a través de la satisfacción de las necesidades humanas básicas, y mediante la salud también la paz (negativa y positiva y la cultura de paz) se ve reforzada mediante este ancestral y valioso ritual.

Aunque las culturas indígenas han sobrevivido a todos los procesos de aculturación derivados de la colonización, lo han hecho pagando un alto precio: la subalternidad y la exclusión derivada de la falta de reconocimiento. Falta de reconocimiento en definitiva de sus derechos humanos fundamentales: derecho al propio cuerpo (reconocimiento del cuerpo, respeto a la integridad física y psicológica, derechos individuales), derecho a tener derechos (derechos sociales, justicia social, reconocimiento jurídico de derechos), y derecho a elegir sus propios estilos de vida (derechos culturales).

Con un discurso claro, Sandoval ha construido un acertado relato en el que actores, acciones y entornos han quedado definidos; lo que permitirá a quién lea este libro reconstruir el mundo social en el que se desarrolla el ritual del temazcal otomí. De formato cómodo y agradable lectura, con un soporte gráfico muy oportuno, este es un libro que podrá ser leído por cualquier tipo de público, aunque quizá los interesados por la paz y el desarrollo de los pueblos y por la Antropología puedan extraer de él su mejor provecho.

lidonescrig@ono.com

María Lidón Escrig Sos. Escuela Universitaria de Enfermería de Castellón. Universidad de Valencia

Bibliografía

- Aguirre, G. (1986), *Antropología médica*, México, DF: SCP Cultura, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- Campos, R. (1997), *Nosotros los curanderos*, México, DF: Patria.
- Gramsci, A. (1998), *Para la reforma moral e intelectual*, Madrid: Los Libros de la Catarata, Colección Clásicos del Pensamiento Crítico.
- Honneth, A. (1997), "Reconocimiento y obligación moral", en *Areté, Revista de Filosofía*, vol IX, núm. 2, pp. 235-252.